

—¿Te sientes mal, Dobetti?

El muchacho movió los párpados para indicar que sí. Y respiraba con mucha dificultad.

Se acordó entonces el maestro de haberle reñido una vez porque no había terminado un trabajo; se acordó de su voz, de sus defectos de pronunciación, de su sonrisa; pero como cosas de tiempo ya muy lejano.

El enfermito continuaba con los ojos clavados en los de su maestro, como si observase las lágrimas que en ellos relucían; acaso las primeras que veía verter por su causa. Su mano no lo abandonaba. Emilio, entretanto, buscaba pensamientos que le aliviasen de la angustiada compasión que le oprimía el alma. Era lo mejor que podía ocurrir á la pobre criatura. ¿Qué existencia hubiese tenido? ¿Qué placeres le esperaban? ¡La muerte venía á quitarle tan poca cosa! Pero el corazón del maestro se rebeló airado contra esas ideas. ¡Oh! No, no; es inútil, es una cosa cruel y tremenda.—¡Un niño que muere! ¡Dios de los cielos! Nacer, comer un poco de pan negro, ser golpeado y morir...—Aún le entristecía más otro pensamiento: aquella desconsoladora muerte, en una estancia desmantelada, sobre un jergoncillo desaseado, cerca de un mendrugo de pan negro, en presencia de aquellos padres impasibles, era cosa que ocurría diariamente, millares de veces, siempre... ¡Oh! ¡Qué desgarrador pensamiento!

El muchacho seguía mirándolo con fijeza, y bajo aquellas pupilas que iban velándose y convergiendo, como por efecto de estrabismo, principió á manifestar una inquietud, una expresión casi de espanto, como si estuviese para salir de aquella mirada el secreto de la eternidad. El enfermo respiraba con más dificultad cada vez; experimentaba, de cuando en cuando, un acceso de tos, y con ella le venía á la boca una saliva purulenta; hundíansele los ojos, y las manos se le enfriaban. Después, comenzó á mover los labios, como si pronunciase palabras de terror en una lengua sin sonidos.

—Se muere—dijo el padre.

—Arrodillense ustedes—dijo el maestro,—para que él los vea.

Solamente la madre se arrodilló, cubriéndose el rostro con una mano.

El muchacho experimentó entonces las sacudidas de uno de aquellos esfuerzos de la vida que arrancan alguna vez á los niños moribundos una palabra suprema que permanece después en el corazón de los padres como una huella eterna. Se agitó, estrechó con fuerza el traje del joven, y gritó, torciendo los ojos:

—¡Ah! ¡Maestro! ¡Ah! ¡Maestro! ¡Se acabó!

Abrióse su mano y cayó inerte, y el rostro permaneció inmóvil, con una expresión de estupor.

—Ha muerto—dijo el padre.

Una repugnancia repentina hizo al maestro que retirase hacia atrás su rostro; pero de pronto su corazón le impulsó hacia adelante, se inclinó sobre el muerto, y puso en su frente, á un tiempo mismo, un sollozo y un beso.

Hecho esto, se irguió, y enjugándose las lágrimas, como viese á la madre y al padre de pie en medio de la habitación, ella con los ojos un poco encendidos, él frunciendo las cejas para fingir tristeza, les dijo con invencible desprecio:

—A lo menos, vélenlo ustedes.

Ambos le acompañaron hasta la puerta, que salía á la era inundada de luz. Una vez allí, la madre, deteniéndolo, le dijo que eran pobres, que tenían muchos hijos, y que si les hacía la merced de darles algo para enterrar al niño, él que había sido su maestro. Emilio puso en sus manos algunas monedas y le volvió la espalda, y después de haber atravesado la era rápidamente, prosiguió su camino al sol. Andaba como aturdido, sintiendo allá, en lo más profundo de su alma, la emoción de la muerte vista, que transforma todas las ideas de la vida y quita al mundo su color y su movimiento; veía siempre allí aquella carita inmóvil y misteriosa, que iba precediéndole, vuelta hacia él como una aparición; y al lado de aquella veía otras, á millares, arriba y abajo, próximas unas, lejanas otras, innumerables caras blancas de niños muertos; el inmenso y desolado campo de batalla de la infancia y

de la niñez, que luchan con la incuria, con el desvío, con la perversidad, con la miseria y muere sin besos y sin llanto. Todo esto le parecía tan espantoso, que se acogía con la imaginación en una esperanza sobrehumana para sustraerse al odio de la vida y á la execración de su especie.

## DESENCANTO

En tal estado de ánimo, volvió á dar clase. Emilio, con su amor ya antiguo á la niñez, aumentado ahora con el dolor y con la piedad, veía el joven, á través de la fisonomía de cada alumno, otra cara pálida y afilada, como aquella en que había él estampado un beso de despedida, en una casa pobre y triste; involuntariamente, al principio, dulcificó un poco su austeridad habitual; después, pensando en que de todas maneras había de abandonar aquel pueblo pronto, dejó con deliberada intención su procedimiento disciplinario, en parte para dar reposo á su espíritu, en parte también para realizar un experimento. Por de pronto, sintió un gran alivio, como quien se despoja de un traje que dificulta la respiración, y acarició la esperanza de poder, en virtud de la autoridad adquirida en dos años de reservada seriedad, ser indulgente y afectuoso en los últimos días. ¡Qué desencanto!

Apenas si llegaron á cinco ó seis, de los mejorcitos entre los más dóciles y más inteligentes, los discípulos que no abusaron inmediatamente de la flojedad del freno. Todos los demás se transformaron, á ojos vistas, en menos de una semana, con una especie de alegría selvática, que convenció á Emilio, sin necesidad de más ensayos, de que si es posible pasar alguna vez, si bien muy difícilmente, desde la dulzura á la severidad, es imposible substituir ésta por aquélla

sin convertir la escuela en infierno. Cuando hubieron transcurrido quince días, ya no conocía Emilio á sus alumnos. Hasta de los que más razonables y más tímidos parecían, habían surgido, como de una corteza rota, demonios encarnados, rebeldes, insolentes, que ni atendían á reprensiones, ni escuchaban razonamientos. Ya podía Emilio amenazarles, diciendo: «¿Lo veis? os habéis hecho más revoltosos cuando yo soy más indulgente; volveré, pues, al rigor de antes»; ya podía principiar á poner serio el rostro y á infligir castigos; de nada le valía. Era el maestro á modo de un monarca después de abdicar; ya no tenía ni fuerza, ni crédito, y para reconquistar la una y el otro, habría necesitado luchar un año entero. Enseñado por esta última prueba, decidió volver, con sus futuros alumnos, al camino abandonado, y se juró solemnemente á sí mismo que ya nunca le dejaría.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

#### LAS ÚLTIMAS VISITAS

Llegaron los últimos días. Emilio, no bien terminó los exámenes, comenzó sus visitas de despedida. La más cordial fué la de la maestra señorita Marca, que le recibió muy triste, casi llorando, porque sus discípulas la habían caricaturizado en los exámenes; el alcalde las había hallado tímidas, apocadas, y se había lamentado de esto con ella en tales términos, que le dieron á entender como aquel defecto de las alumnas era un reflejo del carácter de la maestra.

Y agregó con melancolía:

—Es cierto; siempre he sido así...; ahora ciertos genios no agradan.

Después tendió al maestro su afilada mano de monja, y ya en la puerta, le dijo:

—Usted es joven, hará buena carrera... mamá y yo lo celebraremos; pero ¡quién sabe si usted se acordará entonces de nosotras!

Aquellas fueron las palabras más cariñosas que el joven se llevó consigo de Piazzena. Cuando llegó á casa de la señorita Fanari, la sorprendió en traje graciosamente desordenado; desorden que ella corrigió, hasta cierto punto, sujetándose el corpiño por delante con dos alfileres, con la desenvoltura tranquila de las mujeres guapas; estuvo la maestra muy atenta con él; se le mostró muy agradecida á la buena amistad que le había manifestado con motivo de su demanda contra el cura; pero lo dulce de aquellas expresiones

de agradecimiento lo amargó para Emilio el evidéntisimo regocijo que brillaba en sus ojos sólo de pensar que al día siguiente partía para Turín. También visitó al alcalde que, al fin y á la postre, prescindiendo de aquel rompimiento del «que» y del «cual», no le había tratado mal del todo, y no hallando en su casa al delegado, que había salido de expedición (la sexta ó séptima) al pueblo de Altosso, donde comenzaba á llamar la atención con sus ridiculeces de Tenorio trasnochado y averiado, fué solo á despedirse del señor Biracchio.

Lloviznaba; el reducido patio se había convertido en un pantano; la casucha, completamente negra y goteando por todas partes, antes parecía choza de lapones que habitación de un hombre civilizado. Emilio encontró al reverendo Biracchio sentado ante una monstruosa ensalada de pepinos y tomates y con un cántaro de barro, sin asa, lleno de vino. El joven sentía muy de veras separarse de aquel cómico ejemplar de la clase, por el cual sentía estimación y hasta cariño, y no obstante el espectáculo de aquella ración, digna de Gargantúa, le impidió del todo poner la más insignificante nota de sentimiento en sus palabras de despedida. El sacerdote, sin embargo, comiendo á dos carrillos, estuvo cariñoso y cordial. Le refirió, masti-cando y con su seriedad habitual, la última travesura de sus alumnos.

—Una invención de esos bribones maldecidos—dijo.—No querían oír mis explicaciones desde el patiejo, so pretexto de que tenían que sentarse en piedras. ¡Figúrese usted! ¡Cuánto melindre! Macacos que tienen callosidades isquiaticas, y capaces de bajar resbalando con los glúteos desde la punta del Monviso sin rozarse la piel... Pues bien: ¿sabe usted lo que han inventado para obligarme á tenerlos en casa? Han cavado, á mano, un canalillo de unos cuarenta ó cincuenta metros de largo, desde el arroyo del molino; deben de haber trabajado lo menos tres días; pero ya le digo á usted, un trabajo igual al que pudieran haber hecho verdaderos operarios, con una paciencia... un canalillo, ¿comprende usted? para traer el agua á mi patio. Y como era necesario pasar un foso, han

hecho su acueducto con un gran tronco, abierto, de un árbol que Dios sabe dónde habrán robado. Todo ocul-tamente, fíjese usted en esto. Creo que han de haber trabajado de noche; tienen ojos de gato esos perros. Por fin, cuando llegó el día de la lección, dieron salida al agua, y el patio se convirtió en un lago, cuyas aguas le llegaban á uno hasta media pierna. Imposible hacerles estar allí.

—¿Y les dejó usted pasar?...—preguntó Emilio.

—¿Dejarles pasar yo?—contestó el presbítero, mos-trando medio tomate en su boca abierta;—¡ni por pien-so! Ante todo, les hice confesarlo todo. Después les obligué á cavar otro canalillo para que saliera el agua.

—Se divertirían.

—¿Divertirse?... Sudaban y resoplaban como bestias los muy tunantes. Después, cuando ya no había agua, les dije: «No habéis querido estar sentados en las piedras; ahora estaréis de pie en el pantano.»

—¡Magnífico!... ¿Y se estuvieron quietos?

—En cuanto á estarse...

—¡Cómo!—exclamó el maestro;—¿les dejó usted que se marcharan?

—Pero, ¡por Dios santo! ¿Qué quería usted que hiciera? Cuando ellos se vieron en el pantano, so pre-texto de que eran ranas, comenzaron á gritar todos juntos: «coá, coá, coá»; una batahola intolerable; tuve que mandarlos á casa para que no me perdiesen el respeto.

El maestro rompió á reír; el señor Biracchio per-maneció serio, y le sirvió vino. Después, mientras se despedía en el umbral de la puerta, lleno de monda-duras de patatas y de hojas de col, ofreció el cura á Emilio un gigantesco quitasol verde, con las varillas rotas. El joven se mostró agradecido, pero no aceptó el ofrecimiento. Las últimas palabras que el señor Biracchio pronunció después de haberse limpiado la boca con su enorme lengua, de los restos de la ensalada, fueron la expresión de lo que para él era acaso el único deseo de la vida. «¡Dios le conserve la salud!»

Volviéndose á mirar hacia atrás antes de doblar la esquina de la calle, Emilio vió todavía, á través de la lluvia, al señor Biracchio, de pie á la puerta y

haciéndole señas para que mirara á la derecha, en el prado, el canalillo cavado por los escolares.

A pesar de estos recuerdos alegres, el día en que Emilio partió del pueblo, mientras corría en el coche á través de los campos, y respiraba el fresco ambiente de una mañana clara y perfumada, y repasaba en la memoria lo pasado, como suele hacerse cuando se abandona un lugar en el que ha transcurrido un periodo de la existencia, sus pensamientos nada tenían de agradables.

En resumidas cuentas: ¿qué había sido su vida en aquellos tres años? No había encontrado ni las satisfacciones, ni las amistades que esperaba; no había adelantado en los estudios, y no podía decir con verdad que se había fijado en un sistema definitivo de enseñanza, porque sentía perfectamente que más allá de aquella «severidad fingida», á la que solamente se había acogido por desconfianza en la propia bondad, había, debía de haber, alguna otra cosa de más calor y de mayor fecundidad, que él no había logrado obtener. Pero aún pesaba más en su espíritu otro pensamiento. Estaba convencido de que en aquella modesta profesión de maestro, en la que era necesario realizar tantos sacrificios de amor propio sin la compensación de la conveniencia ó de la gloria, faltaba también la paz. El mismo había sido molestado: por un superintendente, con motivo del matrimonio; por los padres de los alumnos en el asunto de los premios; por un ama de cura, á consecuencia de no saludarla; por un alcalde, so pretexto de la gramática; por un inspector, sobre el método; por un párroco, en nombre de la religión. ¡Divinos cielos! ¿Viviría así, con ligeras variaciones, en todas partes? ¿O acaso lo pasaría aún peor? Ya le representaba su imaginación la serie larguísima de pueblecillos por donde le pasarían hasta la vejez; una procesión de aldeas, de curas, de inspectores, de atormentadores de todas las edades, de todas las profesiones y de todos los sexos, que le esperaban desde lejos blandiendo, en actitud hostil, plumas, hisopos y tijeras, y comenzaba á penetrar en su alma un negro hastío de lo porvenir, cuando surgió

uno de esos incidentes extraños que de pronto cambian por completo el rumbo de nuestras ideas.

Fijando maquinalmente la vista en un periódico viejo, en el cual llevaba envuelto un paquete, vió, bajo la palabra «Amenidades», un título que llamó su atención y atrajo su mirada: «Pugilato escolástico».

Leídas las primeras líneas, Emilio quedó como cogido con gancho, y siguió leyendo; el articulito decía así:

«Se ha llevado á cabo un ensayo curioso de gimnasia en una escuela del Municipio de Casariga, donde el alcalde y el maestro se tienen declarada, entre ellos, guerra sin cuartel. Entró un dependiente municipal en la clase, sin llamar á la puerta, embozado en la capa, como un bandido de Ernani, con su gorro escasquetado, y comenzó á decir un encargo que de su jefe, el señor alcalde, llevaba. El maestro le mandó que se descubriese. El dependiente se rió en las barbas del maestro. Este, enfurecido, se levantó de su asiento y de un revés quitó al embajador el sombrero. Salió el dependiente del Ayuntamiento loco de cólera, y volvió á los cinco minutos con un buen garrote, y enarbolándolo, se dirigió á su ofensor. Tenía que habérselas, por desgracia suya, con una especie de Sansón del abecedario, que de un puñetazo lo desarmó, y después, levantándolo en peso, lo llevó en vilo para descargarlo en medio de la calle. El dependiente ha sido suspendido de empleo y sueldo por dos días; pero el maestro recibió una reprensión dura del alcalde, que adujo una razón muy curiosa en defensa de su subalterno: ¡Que estaba resfriado!»

Había después dos ó tres líneas de terminación, leyendo las cuales, lanzó Emilio simultáneamente una exclamación de alegría y una carcajada cordial, como cuando se ve aparecer un amigo burlón. El maestro de la historia era Léica, aquel que en la escuela Normal llamaba el ex granadero.

## EL EX GRANADERO

Mucho más se habría alegrado Emilio si hubiera podido prever que aquel nombre, hallado así, como casualmente, en un periódico ya destrozado de hacia tres ó cuatro meses, era á modo de esas corazonadas que á las veces tenemos en la calle, cuando se aproxima una persona á la cual no hemos visto en muchos años, persona que se nos aparece un minuto después, á la vuelta de una esquina, y se detiene allí con la boca abierta. En efecto, aún no había transcurrido un mes, cuando cierto día, pasando Emilio por los soportales de la plaza del Ayuntamiento de Turín, adonde había ido para visitar á sus hermanos, vió delante de él, entre la multitud, una espalda larga, algo inclinada hacia adelante, y un cogote ancho y sanguíneo, que evocaron en su espíritu algunas vagas reminiscencias.

El hombre andaba muy despacio, en actitud de quien medita; llevaba ambas manos atrás y enlazadas, y también aquellas manos le parecían conocidas suyas.

El maestro se aproximó á él, y le dijo:

—¡Lérica!

Volviéronse hacia Emilio dos ojos muy grandes y unos bigotazos tremendos: era él.

—¡Ratti!—gritó, con el acento rudo con que habría dado las voces de mando á los granaderos; y para demostrar su alegría, plantó sus dos manazas sobre

los hombros de Emilio y le dió una sacudida que le hizo estremecerse de pies á cabeza.

Y alternativamente se abrumaron á preguntas. El maestro indicó, en cuatro palabras, sus aventuras, y le habló, riéndose, del articulillo del periódico.

El rostro de Lérica se anubló.

—Pero, en resumidas cuentas—preguntó el joven;—¿por qué te hallas en Turín?

Lérica no contestó de pronto. Después, cruzándose de brazos y mirando á su colega con aire pensativo, exclamó:

—¿Sabes, Emilio, que ambos hemos hecho una verdadera burrada?

Y sobreexcitándose poco á poco, le refirió de cómo había ido á Turín con motivo de un pleito que sostenía contra el Ayuntamiento de Casariga, donde era maestro hacía ya tres años; el pueblo más sucio que era posible hallar en la superficie terrestre. No se explicaba él mismo cómo había aceptado aquellas condiciones, saliendo de la Escuela con treinta años á la cola: seis horas de clase en la cabeza del Municipio, tres veces á la semana y los demás días ir á dar escuela á un lugarejo maldito, situado á tres kilómetros de distancia, por un camino infame, tanto en verano como en invierno; un invierno de Siberia, un estío de Arabia; y en las otras estaciones, con una humedad que enmohecía las caras.

Emilio reía, tornando á ver en el rostro de su compañero los antiguos arrebatos.

Durante el primer año, sin embargo, las cosas fueron menos mal, porque había tenido un excelente alcalde, un «comandante» de infantería, retirado; un poco pedante, pero caballero cumplido, con quien había estado siempre en buena armonía. Pero habíale sucedido un pícaro cacique, con quien no había manera de entenderse.

—Figúrate, ante todo, lo que hace la Administración: una caterva de bandidos que se burla de los maestros, de las leyes, y de Cristo padre. Querían tener una buena casa-ayuntamiento para embrollar á sus anchas al prójimo. Disponen que se tracen los planos de un hermoso edificio, al que dan el nombre

de Casa de la Escuela, y piden auxilios al Gobierno. El Gobierno, que no sospecha el engaño, subvenciona al Ayuntamiento con seis mil pesetas. Los muy zorros hacen labrar la casa, colocan las escuelas en dos cuartuchos miserables del piso bajo, y ocupan todo lo demás con sus oficinas, obligándoles á dar las lecciones bajo sus tacones y á oír, durante horas enteras, los alborotos, de sus discusiones usuales, que terminaban siempre en disputas de plazuela.

Agrega á esto... pero no ¡voto al diablo! es mejor que no sigamos hablando de esto porque principio á enfurecerme como una fiera, y acabo por quemarme la sangre.

Invitó á Emilio á cenar. El joven se excusó manifestando que deseaba partir en el tren próximo. Pero el granadero le cogió por un brazo, lo empujó hacia delante como á un niño, diciéndole:

—Andando; para una maldita vez que nos vemos en esta pícaro vida de perros azotados... ó vienes, ó te llevo.

Y le obligó volver á la calle Dora Grossa, para llevarle á «Los tres bastones».

Emilio le preguntó si sabía algo de su compañero Labaccio.

—¡Ah, Labaccio!—exclamó el granadero, distrayéndose;—ahí tienes uno que parece cortado para ser maestro.

Lérica sí tenía noticias de Labaccio, ¡vaya si las tenía!: se habían escrito durante el primer año, y un mes antes había hablado mucho de él con un compañero. Hacía ya tres años que estaba de maestro en el Municipio de Stalora, donde se había comprometido por seis, y era muy probable que ya no saliese de allí. Habíase labrado allá un nidito. Estaba bien con todos. Ultimamente, había hecho imprimir un soneto celebrando el cumpleaños del alcalde. ¡Ah! Ese Labaccio sabía tomar el mundo por el mejor lado. En el Ayuntamiento de Stalora era él una especie de secretario universal, el «factotum» del pueblo, aceptado en todas las casas; llevaba la sombrilla á las mujeres de los concejales, estaba convidado á comer todos los domingos, de todas partes sacaba alguna raja. El muy

pícaro había estudiado un poco de latín, y en las vacaciones preparaba á los niños de la colonia veraniega para el ingreso en el Instituto: declinación y pronombres, los verbos «sum» y «habeo», y nada más; pero se hacía pagar bien eso poco.

—¿No has visto alguna de sus cartas en el suplemento de «El Pueblo?» Las publica muy frecuentemente; una, para elogiar la conferencia del inspector; otra, dando noticias del banquete en honra del pretor trasladado; ésta, con una descripción de la solemnidad de distribución de premios; y hay en ellas siempre un poco de incienso para cada uno. Ese muchacho, ¿sabes tú? es muy capaz de pescar un dote de cincuenta mil pesetas á la sombra del «Christus, a, b, c.» Los imbéciles somos nosotros, amigo mío.

Ya puestos á la mesa, y mientras cataban los conocidos entremeses, preguntó Emilio:

—Pero, ¿y tu pleito?

—Mi pleito...—replicó Lérica, frunciendo el ceño;—á eso voy. Una infamia que no tiene nombre. ¡Te digo que merecerían todos ellos estar en presidio! La guerra comenzó por causa de un hijo del alcalde; el tal hijo, un topo, asistía á la escuela. Habíasele metido al padre en la cabeza que su hijo había de ser el número uno en todas las asignaturas. Pero, ante todo, es necesario que sepas una cosa. Como las clases eran seguidas, los chicos llevaban á la escuela algo que comer entre las dos lecciones; mas, por la poderosa razón de ser todos más ó menos pobres, iban solamente con un poco de pan ó de polenta, ó una manzana y nada más.

Entre tanto, el principillo, el hijo de la autoridad, hacía que le llevasen una cesta con un muslito de pollo, algo de fruta, su botellita de vino, dulces. Ya comprendes que esto no me agradaba absolutamente nada, porque sabes lo que son los muchachos; golosos y voraces como bestias; me causaba enojo verlos con los dientes tan largos, después de haber terminado su frugal desayuno, mientras el otro tragaldabas continuaba engullendo golosinas, y como haciendo alarde de ello. Un día le advertí que aquello no era de mi

*La novela de un maestro—Tomo I—12*

agrado; que era necesario que llevase una sola cosa, como sus compañeros, y no que fuese á la escuela á regalarse como un canónigo. Pues bien, con esto principió la lucha. El señor alcalde convirtió el asunto en «casus belli». Yo no tenía para qué contar á su hijo los bocados; él era dueño de alimentarlo como le pareciese mejor; si el verlo comer me molestaba, todo se reducía á que volviese yo la cabeza hacia otro lado. ¡Te digo que era un asno completo aquel aldeano disfrazado! Figúrate si le respondería yo como es debido. Pero lo peor sucedió un día que fué el susodicho alcalde á quejarse de que el muchacho tenía siempre números muy bajos, dándome á entender que no comprendía yo el ingenio del angelito. No fué menester más. Le contesté que le «estudiaría mejor», y principié á endilgarle ceros como huevos de avestruz. Entonces estalló la tormenta. Empezó tratando de intimidarme. Al llegar aquí Lérica se rió algo forzosamente, y se encogió de hombros; pero de pronto montó en cólera.

¡Figúrate que azuzó contra mí á todo el Ayuntamiento y resolvieron despedirme inmediatamente! ¿Y sabes tú la trama que urdieron? Como, teniendo yo un contrato firmado por seis años, no tenían otro medio para despedirme que formar expediente para probar mi ineptitud, ó por haber incurrido tres veces en la censura, intentaron esto los muy bribones. Iban á provocarme para hacerme salir de mis casillas y aplicarme, con apariencia de justicia, la receta que habían imaginado.

¡Provocarme á mí! ¡A Carlos Lérica! ¿Comprendes?... Un espantajo, barbero de profesión, y concejal por añadidura, que me había rasurado el primer año de mi permanencia en el pueblo, irritado porque desde el siguiente año había yo principiado á afeitarme solo, y empujado por los otros miserables, fué á decirme, delante de todos mis alumnos, que había yo cometido una injusticia con un hijo suyo en los trabajos del examen mensual y á proponerme, con la mayor frescura, que le variase los puntos que le había puesto. Como le respondiese yo con un «no» rotundo, me amenazó, en presencia de los muchachos, con que

«me daría un disgusto.»—«Hágalo usted», respondí; entonces él, apresuradamente, me lanzó un epíteto mal sonante... ¡¡A mí!! La sangre se me subió á la cabeza y levanté la mano... Afortunadamente, algún santo me la contuvo. Pero no me detuvo la lengua. Me limité á llamarle sencillamente cochino. Aplicáronme entonces la censura. Era una. Pero una vez comprendida la partida que deseaban jugarne, púseme en guardia, y no volví á dejarme coger. ¡Malvados! ¿Qué inventan ahora? Aquel rapabarbas carnicero indica al Concejo la sospecha de que soy míope. «Tiene los ojos fuera del cráneo, dice: debe de ser ciego; podría intentarse despedirlo con ese pretexto.» Cuando recuerdo la escena que con este motivo ocurrió, créelo, iría yo volando para emprenderla á bofetones contra todo el Ayuntamiento. ¡Perros! Si tropiezo con uno en las calles de Turín, lo cojo en vilo y lo hago dar una vuelta á los soportales con la cabeza abajo, como un conejo degollado.

Emilio soltó la carcajada.

—¿Te ríes?—le dijo el otro irritado;—no hay aquí motivo de risa, amigo mío. ¿Pues no se me entran en la escuela cierta mañana el alcalde y el superintendente, con una porquería de bando, en que se prevenía á los alumnos que no manchasen las paredes de las casas, y no sé qué otras cosas, invitándome á leerlo en su presencia? La cogí al vuelo; aquellos canallas habían hecho para mí lo del bando, y adrede lo habían escrito en letra diminuta para ponerme á prueba. Me mordí los labios; ¡la rabia me hacía temblar!... No importa; desdoblé el pliego, lo aproximé á los ojos, y esforzándome lo que pude, pero sin interrumpirme un momento, lo leí; después se lo devolví al alcalde, lanzándole una mirada que venía del fondo del infierno. Fuéronse tragando saliva y con la bilis revuelta. Buscaron otra bribonada. Pero también ésta les fracasó. Llegaron las elecciones. Yo, tú sabes cómo soy, hago lo que me dicta mi conciencia; aunque se hunda el mundo. Creía conveniente trabajar por el alcalde caído, y lo hice á la luz del día. Una tarde se me encaja en la escuela la Junta en masa; sus miembros, sin descubrirse por cortesía, me dijeron de



cómo «sabían» (no se necesitaba mucho para saberlo) que yo hacía propaganda en favor del otro alcalde, y que eso no podía seguir así; que mi deber como maestro era sostener la autoridad constituida, y que de continuar yo por ese camino, sería necesario adoptar ciertas determinaciones.

—¡Oh, señores míos!—les contesté;—á Carlos Lérica no se le intimida de este modo. Tengo una conciencia y una opinión, como los otros; soy, á un tiempo mismo, maestro y ciudadano, y me considero obligado á recordarles respetuosamente que ejercer presión sobre los electores es un delito penado en el Código, y tomo á ustedes mismos por testigos de que, en efecto, están ejerciendo ahora esa presión. Oír esto y abandonar la escuela, fué todo uno; y entonces, sin mirar nada, sin atender á razones, atropellando la ley, una vez de vuelta en el Municipio, me dieron inmediatamente la cesantía.

Al llegar á este punto, Lérica se detuvo para mirar de frente al mozo de la fonda, que estaba escuchándolo. El curioso, cuando advirtió el ceño de Lérica, se alejó muy de prisa.

—Ahora viene lo bueno—prosiguió.—Acudo al Gobernador; revoca, por ilegal, el acto de mi separación. El Ayuntamiento, furioso, no quiere someterse, y me cierra la escuela. El Consejo de Instrucción pública confirma lo resuelto por el Gobernador. El Ayuntamiento se mantiene en sus trece. ¿Qué hacer? Escribo al periódico «La Escuela Elemental», que toma la defensa de mi causa, y me aconseja que entable un pleito. ¡Eso era lo que ellos querían! Aquellos ladrones, que sabían lo que es un pleito, se reían al decir: «No tiene una peseta, no podrá seguirlo.» Además, ya sabes, esto de la legislación escolar está tan embrollado, que muchas veces los mismos abogados de nuestros periódicos profesionales se hallan perplejos para emitir una opinión; un Municipio puede esperar siempre salirse con la suya. Por otra parte, ¡vemos en ocasiones algunas sentencias de los Tribunales!... En una palabra: yo estaba dudoso. Pero el periódico insistió en lo del pleito; hizo más, acudió en mi auxilio. ¿Qué

hizo? ¡Una gran idea! Tiene tres mil suscriptores; á los suscriptores se dirigió:

«Se trata de sostener al maestro Lérica, á quien desean atropellar. Carece de recursos para entablar el pleito; si solamente la tercera parte de nuestros suscriptores le enviasen cada mes un sello de franqueo de veinte céntimos, se reunirían ya doscientas pesetas mensuales y no tendría él necesidad de...

Aquella idea entusiasmó á Emilio, que preguntó:

—¿Y te han enviado?

—¡Un rayo que los parta, me han enviado!—contestó Lérica bufando.—¡Fiate en la fraternidad de los maestros de primera enseñanza! Por junto, he recibido veintisiete sellos. He necesitado vender la mitad de mis cosillas para sufragar los primeros gastos del pleito.

—¿Y ahora?

—Pues ahora, el pleito sigue tramitándose. De todas maneras, no vuelvo más á Casariga; he hallado ya otra plaza. Pero ya que otra cosa no, quiero obligarles á soltar las pagas atrasadas, ¿entiendes? ¡Raza maldita de bandidos! ¿Podíamos figurarnos que fuese tan condenado oficio el que hemos tomado? Por mi parte, ya ves, si lo sigo, me preparo un fin desastroso; un día ú otro extermino cualquier Ayuntamiento en masa y me hago encerrar en las cárceles celulares, ó bien reviento como una bomba en doscientos mil pedazos, volando al mismo tiempo la escuela.

Emilio dejó á su compañero que se tranquilizase bebiendo un vaso de vino, y después, sonriendo, le dirigió una pregunta que estaba formulándose á sí mismo desde la Escuela Normal.

—Pero, amigo Lérica, dime francamente: ¿Cómo te ocurrió á ti, á ti mismo, la idea de dedicarte á maestro?

Lérica guardó silencio por un rato, como si quisiera callar la respuesta sincera que se le pedía, y se levantó á decir humildemente:

—Porque soy un asno.

—¡Ah! No dices lo que sientes—replicó Emilio.—¿Conque no encuentras satisfacción alguna en dar la clase?

Lérica se encolerizó.

—Pero, hazme el favor de decirme, ¿qué satisfacciones voy á encontrar?—dijo, dando un puñetazo en la mesa.—Nosotros podemos hablarnos sin disimulos. ¿Quieres darme á entender que tú las encuentras? Veámos: ¿qué satisfacciones?

Emilio contestó con otra pregunta:

—Por ejemplo: ¿no tomas cariño á los discípulos? El ex granadero lo miró con ojos desmesuradamente abiertos.

Después, con aire de sincero asombro, preguntó á su vez:

—¿Los muchachos? ¡Pero si son la raza más inicua que el Padre Eterno ha echado al mundo! ¿Cómo? ¿Acaso piensas de otro modo? Entonces, perdóname, pero me hacés sospechar que en estos tres años has estudiado astronomía, en lugar de asistir á escuelas de chicos. ¿Pero no los has conocido?... Salvo el caso de que me haya tocado á mí, por milagro, la flor de la perversidad infantil de Italia. Pero sobre esto no hay duda posible; todos son compañeros. Todos insolentes como gallos y de una doblez... pero ¿qué digo de doblez? En todo chico hay un nido de malhechores. No hay excepciones. No he hallado uno solo que no mienta siempre, en todas ocasiones, hasta sólo por el gusto de mentir. ¡Oh!—gritó después, exaltándose y poniendo el puño bajo la nariz. ¡Los tipos que me han tocado! Solamente de recordarlos se me revuelve toda la sangre. Unos bribonzuelos de cuatro palmos de estatura, figúrate tú, me escribieron anónimos llenos de infamias. Otros me falsificaban las certificaciones de méritos, que no parecía sino que se habían ejercitado diez años en hacer billetes falsos. He tenido uno que se ha divertido durante todo un año en remedar el movimiento que hago, así, con el hombro derecho, en mis propios ojos, cien veces cada día; pero sin reirse una sola vez para no darme pretexto de echarle de la clase; mi tortura de muchos meses. ¡Bellacol!... Siempre con aquel hombro... y él veía que bramaba yo. Aún pagueo con él algunas veces, y daría un mes de mi paga porque de pronto se convirtiese en un hombre, para poder romperle un hueso. Y después... tantos otros.

Necesitaria recitarle una letanía de verdugos. Lo dicho, todos son ladrones.

Emilio reía.

—¿Te ríes? Pues es una verdad indiscutible. A lo menos, en el campo, todos roban. A mí me sacaron del bolsillo hasta la pipa. ¡Ah! Cuánto me acuerdo de nuestro excelente Megari, en la Escuela Normal, con su «Emilio», de Juan Jacobo: «El hombre nace bueno»... Primeramente nace puerco. ¿No has observado nunca la repugnancia que tienen todos los chiquillos á dejarse lavar la cara? En tales manantiales nos daban de beber. Convéncete, amigo mío, de esta verdad: el hombre es malvado desde la cuna. Te aseguro que es así. Y los muchachos son la prueba más evidente. Quiere decirse que, poco á poco, el interés, el miedo, la impotencia que tocan, de hacer todo el mal que se propondrían, no solamente los refrena, sino que hasta los mejora un poco, por la fuerza de la costumbre. Pero en tanto que dura su ingenuidad, lo ves claramente: arañan los pechos de su madre, pegan así que pueden levantar la mano, sacrifican á los insectos, despluman vivos á los pájaros, sacan los ojos á los lagartos. Miralos reñir unos con otros: son más feroces que los zulús. No hablan más que de matar. He tenido un discípulo que en cuanto poseía un sueldo, compraba un periódico de Turín por el gusto de leer la crónica de puñaladas. ¡Andate buscando gratitud en esas fieras mal domesticadas! ¡Hazlos entrar en razón! Antes les hendirías el cráneo con una hacha. ¡Y vienen hablándonos á los maestros de cariño! Es necesario ser impostor ó necio para decir que puede gobernarse á los chicos de otro modo que á puñetazos ó á patadas.

—Es decir—preguntó Emilio,—¿que tú los pegas? Lérica, despechado, respondió:

—No.

Después de pensar un poco, continuó:

—No los pego, porque los mataría. Cuando alguno me exaspera hasta cegarme, me le traigo cerca de mí, le planto el puño debajo de la nariz, de este modo ve una maza de hierro, se la hago oler, se la acerco á la boca, con el brazo que me tiembla, y le llamo la-

drón, desertor de presidio, puerco. ¡Ah, Dios mío! ¡Si yo pudiese desahogarme! Hay días en que tengo miedo de un ataque apoplético. Nunca sospeché que la levadura humana fuese una porquería tan venenosa como la que he reconocido en los bancos de las escuelas. Y ¡es claro! como de ella salen concejales, alcaldes y superintendentes, éstos no pueden ser sino lo que son... ¡Mundo verdugo! Bebamos y hablemos de otra cosa.

Hablaron por segunda vez de la Escuela Normal, del sacerdote de la chaqueta extraña, del aldeano de los zapatos claveteados, de los desertores nocturnos, del gran socarrón de Labaccio, y, sobre todo, del excelente director Megari que, hacía ya dos años, era, según creían, provisor en los Abruzzos y de quien ambos á dos conservaban respetuosa memoria. Pero la conversación volvió á caer forzosamente en asuntos de la profesión, luego que se hallaron juntos en la calle Dora Grossa, en la pesada confusión de la noche.

—De manera—dijo Lérica á su amigo, enlazando su brazo con el de Emilio,—que tú encuentras satisfacciones en el ejercicio del ministerio educativo.

—Satisfacciones y sinsabores—respondió Emilio,—y trato de contentarme. Quiero mucho á los niños.

—Ya—respondió en tono de burla el ex granadero;—eres siempre el mismo. Eres el maestro del «corazón».—Y se enfureció.—También yo tengo corazón ¡por vida del... Pero me lo hacen estallar de rabia. ¿Es mía la culpa si esos bribones me revuelven la bilis? Basta: veremos lo que sucede en mi nuevo Municipio: Badolino. Allí voy, con el firme propósito de no ser el primero que ponga fuego á la mecha. ¡Con tal de que pudiera yo salir bien de ese maldito pleito!

—Entre tanto, ¿qué han resuelto hoy?

—¿Hoy? Nada. No he venido hoy á Turín por el pleito.

El rostro de Lérica se animó. Dió un apretón al brazo de su compañero y le declaró, formando al inclinarse un arco de círculo con la espalda, que había venido á Turín por una muchacha.

Emilio no pudo contener la risa. ¡Tan cómica le

parecía la figura de aquel Goliath colérico, inclinándose al requerir de amores á una chica!

—¡Ah!—le dijo;—ya se ve que los bancos de la escuela no te dan bastantes satisfacciones.

—A propósito—exclamó Lérica, deteniéndose y cruzando los brazos, con el rostro nuevamente encendido. ¿No es otra tunantada estúpida y sucia, en el pueblo, el pretender que el maestro soltero viva como un San Luis Gonzaga? Pero sabes que se quiere una desfachatez y una impostura. ¡Pues yo se lo dije cara á cara á aquellos señores! Se informaban de todos mis pasos: «ayer salió de noche, á las once; en Marzo ha estado dos veces fuera del pueblo.» ¡Cosas del otro mundo! ¡Y pensar que el inquisidor más emperrado es un miserable hipócrita de superintendente que aprovecha todos los pretextos para visitar las escuelas de niñas, no por las maestras, ténlo en cuenta, son bocados demasiado duros para él; por las muchachas; y siempre va aquel gorila derechamente adonde están las mayores. Tiene afición á la clase tercera. Y no puedes imaginar los artificios... Como conoce á todos los padres, ya campesinos, ya obreros, con los cuales tiene negocios, simula siempre que necesita dar algún encargo á las muchachas para el padre ó para el tío, y encargos confidenciales, para los que necesita hablarlas al oído, cogiéndolas por un brazo ó por un hombro. Siempre ha menester hojear los cuadernos, y siempre está inclinado detrás de los bancos para examinar la caligrafía. Baste decir que una mañana, apenas salió el tal de la escuela, se levantó una alumna furiosa y fué á decir confidencialmente á la maestra: «Diga usted al señor superintendente que si otra vez me pone las manos en las rodillas, le doy una bofetada en presencia de toda la clase.» Vuelvo á decirte que es un mico. Y hasta con la maestra, ¿no finge, de vez en cuando, al pasar por la calle, tener que decirle alguna cosa para hacerla salir al terradillo de la escuela y ver de qué color tiene las medias, tanto que la maestra ya no sale nunca al terrado y sólo se asoma á la ventana? ¡Y decir que un indecente como ese tenía cara para venir hablándome de moral! A mí... á Carlos...

En esto se interrumpió de pronto, y cogiendo de un brazo á un muchacho que estaba embobado en el borde de la acera, lo levantó en vilo y lo echó hacia la tapia, en tanto que un ómnibus, al pasar, rozaba su chaqueta.

Lérica gritó al chico, que estaba como atolondrado:

—¿No ves, pedazo de alcoroque, que ibas á dejarte destrozar?

Después, volviendo á tomar el brazo de Emilio, dijo: —Sí llevo á ver que llevaba la cartilla de escolar, dejo que lo atropellen; ¡mi palabra de honor! ¿Has visto qué gesto? Se parece á mi discípulo, el de los anónimos. Hablábamos de aquel animal de superintendente. Y digo yo: no falta sino que entre los demás títulos para los concursos se pida al maestro una declaración quirúrgica en papel sellado, en que se haga constar que le ha sido hecha la operación. Ya verás cómo llegamos á eso. Si no llega antes el Anticristo y los destruye á todos. Entre tanto, ¿de qué sirve maldecir? Continuaré, con resignación santa, tirando de la carreta. Pero con condición de que se me ha de respetar... ¡voto al infierno! ¡Oh! Eso sí; mientras lleve yo en las venas la sangre de Carlos Lérica, lo juro sobre un montón de crucifijos.

Después de tomar aliento, se hizo repetir por Emilio el nombre del pueblo en que iba á enseñar, Altarana, y le recordó que estaba á pocas millas de Azzorno, pueblo del famoso tío de Labaccio; tío del cual estaba hablando siempre. Si el tío cierra el ojo, tendrás el gusto de ver á Labaccio, que irá á recoger la herencia. Precisamente en Azzorno hay de maestro un primo mío. ¡Ah! Estoy muy bien informado. Hallarás en Altarana una maestría muy linda, al retortero de la cual anda mi primo. Encontrarás también un alcalde conquistador, un «sotana» ¡de oro!... Pero ¡i ya te lo he repetido! todos son unos puercos.

Emilio le preguntó con curiosidad si no sabía algo más. No sabía más; su primo le había escrito una sola vez. ¡También él es un cazador! Tú, continuó diciendo, tienes pico para suplantarle. ¿Quién sabe las que tú habrás hecho, jesuitilla, con esos bigotitos y con tu «corazón»? ¡Maldita sea!... ¡Y yo he nacido

con esta cara de rinoceronte! Y se dió un puñetazo en la barba.

Entre tanto, habían llegado á la plaza de San Carlos, que se oscurecía; una vez allí, el ex granadero, después de dirigir una ojeada en rededor suyo y de consultar al reloj, dijo á Emilio Ratti con voz más dulcificada:

—Siento mucho tener que dejarte. Parto mañana en el primer tren. Debo aún pasar la noche en una fermentada posada, donde duermo con los pies fuera de la cama. He tenido una verdadera satisfacción en verte. Sabes que siempre te he querido bien. Si un día recibes una carta con sello de las penitenciarías, sabrás que es de Carlos Lérica que ha demolido un Ayuntamiento.

Emilio tuvo necesidad de ponerse de puntillas para dar á Carlos un beso en la mejilla, y tropezó con la nariz en la punta del bigote, que le produjo el efecto de un cepillazo. Después el ex granadero fué á situarse detrás de uno de los pilares de los soportales, y el joven se encaminó á la estación, impaciente por alejarse cuanto antes del centro de todas aquellas luces, de aquellas casas altas, de aquel hormiguar de gentes desconocidas que le oprimían el corazón, redoblando el sentimiento de su pequeñez y de su soledad desconsoladora.